

Hojitas de Fe

Credidimus caritati

307

14. Monseñor Lefebvre

El Santo Sacrificio de la Misa Corazón de la Iglesia católica

Uno de los distintivos más claros del católico, junto con la devoción a la Santísima Virgen, es el lugar que le concede a la Santa Misa, esto es, al sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo renovado en los altares, y que, siendo realmente el corazón de la Iglesia católica, nacida del Corazón traspasado de Cristo, ha de ser también el corazón y el centro de toda su vida cristiana.

Para explicar esta verdad, nada mejor que recordar el sermón de Monseñor Marcel Lefebvre con motivo de sus bodas de oro sacerdotales (23 de septiembre de 1979), en el que rinde homenaje a la Santa Misa mostrando la importancia que tiene en la Iglesia y en la vida de cada cristiano.

1º Influencia de la Santa Misa en las almas y en las sociedades.

Comienza Monseñor Lefebvre diciendo que, cuando él dio inicio a su vida de misionero en África, sabía especulativamente lo que era el misterio de la Santa Misa, pues lo había estudiado en el Seminario, pero aún no había comprendido bien todo su valor, toda su eficacia, toda su profundidad.

Eso lo viví día a día, año tras año en África, y especialmente en Gabón, donde pasé trece años de mi vida misionera... Sí, allí vi lo que pude la gracia de la Santa Misa. Lo vi en las almas santas de nuestros catequistas, almas paganas transformadas por la gracia del bautismo, por la asistencia a la Misa y la sagrada Eucaristía. Esas almas comprendían el misterio del Sacrificio de la Cruz y se unían a Nuestro Señor Jesucristo, ofreciendo sus sacrificios y sufrimientos con Nuestro Señor Jesucristo, y viviendo como verdaderos cristianos... Esos hombres, transformados por la gracia de la Misa, asistían cada día a Misa, comulgaban con fervor y se convertían para los demás en modelo y luz...

He podido ver estos pueblos, antes paganos y ahora cristianos, transformarse, no sólo espiritual y sobrenaturalmente, sino también físicamente, socialmente, económicamente, políticamente; transformarse, porque esas personas, de paganas que eran, se hicieron conscientes de la necesidad de cumplir su deber, a pesar de las pruebas y sacrificios, y especialmente las obligaciones del matrimonio. Y entonces el pueblo se transformaba paulatinamente, bajo la influencia de la gracia del Santo Sacrificio de la Misa; y todos esos pueblos querían tener su capilla, la visita del Padre, la visita del

misionero; visita que era esperada con impaciencia para poder asistir a la Santa Misa, poder confesarse y comulgar a continuación. También hubo almas que se consagraron a Dios: religiosos, religiosas y sacerdotes. Este es el fruto de la Santa Misa.

2º Razones del poder santificador de la Santa Misa.

¿A qué responde todo esto?, se pregunta Monseñor Lefebvre a continuación. Y contesta: Reflexionemos un poco sobre los motivos profundos de esta transformación: es *la noción de sacrificio*.

La noción de sacrificio es una noción profundamente cristiana y profundamente católica. Nuestra vida no puede prescindir de sacrificio desde que Nuestro Señor Jesucristo, Dios mismo, quiso tomar un cuerpo como el nuestro y nos dijo: «Seguidme, tomad vuestra cruz y seguidme si queréis salvaros»; y nos dio el ejemplo por su muerte en la Cruz y el derramamiento de su Sangre. Y nosotros, sus pobres criaturas y además pecadores, ¿tendríamos el atrevimiento de no seguir a Nuestro Señor, de no seguir su sacrificio y su Cruz? ...

En esto se cifra todo el misterio de la civilización cristiana y católica: en la comprensión del sacrificio y del sufrimiento en la vida diaria, no como un mal o un dolor insoportable, sino como la participación de los sufrimientos y dolores de Nuestro Señor Jesucristo. Y para eso, mirar a la Cruz, asistir a la Santa Misa, que es la continuación de la Pasión de Nuestro Señor en el Calvario.

Cuando se comprende el sufrimiento, se transforma en gozo y se convierte en un tesoro; porque estos sufrimientos, unidos a los de Nuestro Señor, a los de todos los mártires, a los de todos los santos, católicos y fieles que sufren en el mundo, unidos a la Cruz de Nuestro Señor, se transforman en un tesoro incalculable, de una eficacia extraordinaria para la conversión de las almas, y para la salvación de nuestra propia alma... Esto es la civilización cristiana.

3º La Santa Misa, raíz de la Cristiandad.

Monseñor Lefebvre transpone luego lo que él vivió en África, y lo considera en los países de Europa desde los primeros siglos después de Constantino, para comprobar que toda la civilización cristiana estuvo igualmente fundada en la Santa Misa.

Nuestros antepasados se convirtieron, y con ellos también los jefes de las naciones, y durante siglos ofrecieron su país a Nuestro Señor Jesucristo, sometiéndolo a la Cruz de Jesús, y queriendo que María fuese su Reina... ¡Qué fe la de entonces en la Santa Misa! San Luis, rey de Francia, acolitaba dos misas cada día, y cuando viajaba y oía la campanilla de la Consagración, bajaba del caballo o de su carroza para arrodillarse y unirse espiritualmente a la Consagración que tenía lugar en aquel momento. Eso era la civilización católica.

4º Ataque de los enemigos de la Iglesia contra la Misa.

Bien sabe el enemigo, prosigue Monseñor Lefebvre, lo que vale la Misa, pues el demonio, que es quien los mueve a combatir el orden cristiano, sabe perfec-

tamente que fue derrotado por el Sacrificio de Nuestro Señor en la Cruz, renovado ahora en la Santa Misa. Así, por ejemplo, los comunistas de Polonia vigilaban y perseguían a los sacerdotes polacos que decían la Misa tradicional, mientras que dejaba libres a los que decían la nueva Misa; porque sabían que la Misa es esencialmente anticomunista. Pues ¿qué es el comunismo? El comunismo es: *todo para el partido, todo para la revolución*; mientras que la Misa es: *todo para Dios*...

Pues bien, los enemigos de la Iglesia se infiltraron en el Concilio, y su primer objetivo, en cierto modo, fue demoler y destruir la Misa... Si se lee la historia de la transformación litúrgica hecha por Lutero, se advierte que se ha seguido lentamente el mismo procedimiento, con pretexto de aspectos todavía aparentemente buenos, aparentemente católicos. Se ha suprimido de la Misa precisamente lo que supone su carácter sacrificial, su carácter de Redención del pecado por la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, por la víctima que es Nuestro Señor Jesucristo, y se ha convertido en una pura asamblea presidida por el sacerdote. Eso no es la Misa.

Así no es extraño que la Cruz no triunfe, porque el sacrificio no triunfa; ni que los hombres no tengan otro afán que aumentar su nivel de vida, ganar dinero, conseguir riquezas, placeres, confort, las comodidades de esta vida, perdiendo el sentido de sacrificio.

5º Poner de nuevo la Santa Misa en el centro de nuestra vida.

Frente a esta lucha del mundo moderno contra el Sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo, y a su abolición práctica mediante la Nueva Misa del Vaticano II, ¿cuál ha de ser nuestra actitud?, se preguntaba finalmente Monseñor Lefebvre. Y contestaba: *Hemos de hacer una cruzada, apoyada en el Santo Sacrificio de la Misa, en la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, en esa roca invencible y esa fuente inagotable de gracias*, a fin de recrear una cristiandad tal como la Iglesia la desea.

Cruzada de jóvenes que busquen el verdadero ideal..., de jóvenes casados por el sacramento del Matrimonio, en la Cruz de Jesucristo y bajo la gracia de Nuestro Señor Jesucristo; de jóvenes que comprendan la grandeza del matrimonio, y se preparen dignamente a él con la pureza y la castidad, la oración y la reflexión, sin dejarse arrastrar por todas las pasiones que agitan el mundo.

Cruzada también de las familias cristianas. Familias cristianas..., consagrad vuestras familias al Sagrado Corazón de Jesús, al Corazón Inmaculado de María. Rezad el rosario en familia... Y que Nuestro Señor reine verdaderamente en vuestros hogares. Alejad, os lo suplico, todo lo que impida que los hijos lleguen a vuestro hogar. Dios no puede hacer a vuestros hogares un don más hermoso que el tener muchos hijos, que son otros tantos elegidos para el Cielo. Tened familias numerosas, ya que la familia numerosa es la gloria de la Iglesia católica...

Cruzada de los jefes de familia... Jefes de familia, a vosotros os incumbe la responsabilidad, por vuestros hijos y por las generaciones venideras, de no dejar que vues-

tros países sean invadidos por el socialismo o el comunismo. Para eso deberíais organizaros, reuniros, y luchar para que vuelvan a ser países católicos. No es imposible; si no, habría que decir que la gracia del Santo Sacrificio de la Misa ya no es la gracia, que Dios ya no es Dios, que Nuestro Señor Jesucristo ya no es Nuestro Señor Jesucristo...

*Y vosotros, queridos sacerdotes que me escucháis, haced también una **unión sacerdotal** profunda para difundir y animar esta cruzada, a fin de que Nuestro Señor reine. Por eso debéis ser santos, debéis buscar y manifestar la santidad y la gracia que actúa en vuestras almas y en vuestros corazones, esa gracia que recibís por el sacramento de la Eucaristía y por la Santa Misa que cada día ofrecéis. Sólo vosotros podéis ofrecerla.*

6º Guardar el Testamento de Nuestro Señor Jesucristo.

Monseñor terminaba su sermón por lo que él llamaba su testamento espiritual, o mejor dicho, el testamento mismo de Nuestro Señor Jesucristo.

«Novi et aeterni testamenti»... La herencia que Jesucristo nos ha dejado es su Sacrificio, es su Sangre y su Cruz, que constituyen el fermento de toda la civilización cristiana y de lo que debe llevarnos al Cielo. También yo quiero deciros:

«Por la gloria de la Santísima Trinidad, por amor a Nuestro Señor Jesucristo, por devoción a la Santísima Virgen María, por amor a la Iglesia, por amor al Papa, por amor a los Obispos, a los sacerdotes y a todos los fieles, por la salvación del mundo y la salvación de las almas, ¡guardad este testamento de Nuestro Señor Jesucristo! ¡guardad el sacrificio de Nuestro Señor Jesucristo! ¡guardad la Misa de siempre!»

Y veréis volver a florecer la civilización cristiana, civilización que no es para este mundo, pero es la civilización que lleva a la ciudad católica, a la ciudad del Cielo que ella prepara..., para que Nuestro Señor Jesucristo reine y las almas se salven por la intercesión de nuestra Madre del Cielo.

Conclusión.

La Santa Misa, pues, es realmente lo que la Iglesia católica tiene de más precioso, lo que le permite continuar, a través de los siglos, la obra de la redención de las almas, que Cristo le confió.

«El espíritu de la Fraternidad es el espíritu de la Iglesia, y por eso todos sus miembros han de esforzarse... por comprender la importancia que ella concede al SACRIFICIO DE NUESTRO SEÑOR y, por ende, al sacerdocio. Profundizar este gran misterio de nuestra fe que es la SANTA MISA, tener por él una devoción sin límites, ponerlo en el centro de nuestros pensamientos, de nuestros corazones, de toda nuestra vida interior, será vivir del espíritu de la Iglesia» (MONSEÑOR LEFEBVRE, Espíritu de la Fraternidad San Pío X, artículo 2).